

Renán Fuentealba Moena
Fundador de la Democracia Cristiana

Se me ha encargado que, como uno de los hermanos mayores de Patricio en las lides políticas que compartimos y vivimos juntos durante tantos años, diga algunas palabras de despedida en esta solemne ocasión, como es la celebración de su Pascua. Ya atravesó el desierto de esta vida y está, ahora, en la Ciudad de Dios. ¡Alegría! ¡Alegría! Porque Patricio ha resucitado según su propia fe y ya no existe para él ningún misterio. Sabe la verdad.

Muchos han recordado sus actuaciones y realizaciones como político y ciudadano de Chile, como estudiante sobresaliente en sus estudios humanísticos y universitarios, como militante de la Democracia Cristiana, como dirigente y presidente nacional de su partido, pero también como dirigente universitario, gran profesional, jurista y profesor del Instituto Nacional y de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile, algunas de cuyas enseñanzas dejó escritas en textos relevantes. Dentro de todas estas tareas cabe destacar su desempeño como senador y presidente del Senado de la República.

No es de extrañar entonces, que en momentos cruciales de nuestra historia contemporánea haya sido escogido para servir el cargo de Presidente de la República del primer gobierno democrático que sucedió a la dictadura, para gobernar y administrar el país unido a la Concertación e iniciar la gran tarea de restablecer los valores morales y materiales que habían sido cruelmente pisoteados y reconstruir la democracia despedazada sobre la base del respeto a la dignidad de las personas y sus derechos inalienables.

Por nuestra parte, queremos destacar que fuiste también un gran cristiano consecuente, que guió sus acciones por los principios del cristianismo.

En los inicios de tu gobierno, quisiste dejar en claro los fundamentos humanistas que guiarían el cumplimiento de tu mandato. Rememorando las palabras del

Maestro “he venido a servir y no a ser servido”, en tu discurso del 12 de marzo de 1990, que es como la columna medular de tu gobierno, dijiste a todos los chilenos y chilenas: “por mi parte, asumo la honrosa y difícil responsabilidad que el pueblo me ha encomendado, con la firme voluntad de ser el primer servidor de Chile y los chilenos”. Enseguida te preguntaste, ¿qué pueden mis compatriotas esperar de mi? Y enumeraste una serie de valores propios del humanismo cristiano y laico: “integridad y plena entrega, primacía del bien común, decir siempre la verdad, lealtad con los valores democráticos y el compromiso contraído”.

Y tú cumpliste. Te entregaste a fondo para cumplir tu delicada misión. Nadie podría acusarte de haber roto tus compromisos personales y, en la medida de lo posible, los propios de la tarea de gobernar. Sabia decisión para una conducción democrática pausada, pero ineludible.

Por eso hemos venido, con respeto y afecto, a acompañarte hasta esta morada donde yacerá tu cuerpo.

¡Alegría!, porque estás en la Ciudad de Dios. ¡Alegría!, porque has descubierto todos los misterios.

Hasta pronto estimado y respetado amigo.